





Cristián Huneus nació en 1937, en Viña del Mar. Desde su época de estudiante del Instituto Pedagógico obtuvo premios en concursos literarios por sus cuentos. En 1960 presentó su primer volumen, *Cuentos de cámara*. En 1961 recibió una beca del British Council para asistir a Hull y a Londres como investigador. Luego de trabajar por un año en el servicio latinoamericano de la BBC, cursó un Doctorado en Literatura Inglesa en la Universidad de Cambridge y se especializó en la obra de D. H. Lawrence. Durante sus años en Inglaterra, reunió dos novelas breves en *Las dos canas de Jano* (1962). Posteriormente, ya en Chile, presentó un nuevo compendio de cuentos, *La casa en Algarrobo* (1968).

De 1972 a 1976 dirigió el Departamento de Estudios Humanísticos de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, donde hizo posible que escritores e intelectuales de su tiempo ejercieran la investigación y la docencia, además de dar forma a iniciativas como la revista *Manuscritos* (1975). En 1977 se radicó en el valle de La Ligua para dedicarse a la agricultura y a la labor de cronista de prensa. En 1980 publicó *El rincón de los niños*, novela que tuvo pocos lectores y controversia crítica. Le siguió la nouvelle *El verano del ganadero* (bajo el heterónimo de Gaspar Ruiz, 1983) y el volumen de ensayos «Paradiso»: *lectura de conjunto*, escrito junto a Enrique Lihn, Adriana Valdés y Carmen Foxley (1984). Fue célebre, además, la serie de entrevistas a intelectuales chilenos de la época que realizó para la radio de la Universidad de Santiago.

Cristián Huneus murió en diciembre de 1985, en Santiago. Su obra, sin embargo, está lejos de darse por concluida. En 2001, Daniela Huneus y Manuel Vicuña publicaron una recopilación de sus *Artículos de prensa (1969-1985)*, y la edición de su póstuma *Autobiografía por encargo* (2005) fue acompañada por la crónica de Tony Gould, *Un amigo en Chile. Tras la huella de Cristián Huneus* (2005). En 2007, Sangría Editora comenzó la reedición de su obra novelística con *El rincón de los niños*.



EL VERANO DEL GANADERO

RESERVA DE NARRATIVA CHILENA, 5

GASPAR RUIZ
CRISTIÁN HUNEEUS

EL VERANO
DEL GANADERO



© Daniela Huneeus Errázuriz
N° 58.665
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile.
International Standard Book Number: 978-956-8681-08-1

©2010, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile.
sangriaeditora@gmail.com, www.sangriaeditora.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos y Carlos Labbé
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y portada fue realizado por Joaquín Cociña
Las ilustraciones de portada son de Óscar Gacitúa

Esta edición digital se terminó de imprimir en junio de 2010
en Santiago de Chile por Imprenta Dimacofi S. A.

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

Prólogo

por Cristián Huneeus.....11

El verano del ganadero.....17

Los papeles de Gaspar. Epílogo

por Francisca Lange Valdés.....81



PRÓLOGO

Cristián Huneeus

No tengo otra intervención en este *Ganadero* que la de haber eliminado su dedicatoria. O, mejor dicho, la de haber persuadido a Gaspar Ruiz de que la dejase para otra oportunidad. Porque los originales, en la versión mecanografiada que me llegó desde La Montaña (las revelaciones siempre bajan de los cerros) venían dedicados así: «Para Cristián Huneeus, inolvidable amigo de toda especie de aventuras».

Espero que no se me tome por mojigato; pero admito que me produjo cierta alarma la idea de ser tenido por amigo de aventuras como las que cuenta Ruiz en este primer libro publicado bajo su nombre. Participan, fuerza es decirlo, y lo podrá comprobar quien lo lea, de lo «pornográfico», palabra que, si bien, como dice D. H. Lawrence, nadie sabe realmente lo que significa, basta por sí misma –y tal vez, por eso mismo– para provocar reacciones de escándalo y repudio.

He querido, en lo posible, mantenerme al margen. Pero me temo que Gaspar, con su naturaleza imperiosa y su sentido del drama, haya terminado por arrastrarme a su juego. Porque ese día que lo hablamos en el Club de Curicó me dijo «si prefieres, olvida lo de la dedicatoria, pero hazme en cambio un prólogo».

«Para un prólogo», le dije, «habría gente más autorizada». Y le indiqué dos nombres.

«No», me dijo, «tienes que ser tú. Sino la cosa no resulta. Fuera de que tú me conoces, a ti te gusta el campo».

Difícil encontrar una razón más absurda que esta última para justificar mi presencia como prologuista de un relato de color subido. Salvo que por «campo» Gaspar hubiese querido aludir al de la obscenidad. O al del erotismo: algún amigo me señala, en efecto, que esta nouvelle de Ruiz, donde los amantes parecen no tener otro vínculo con el universo que el deseo y su memoria, es, antes que nada, un libro erótico. Como quiera que sea, Gaspar no tardó en convencerme. Además, el campo me gusta. Eso se sabe.

El verano del ganadero, no obstante, es apenas un libro agrario: cuando mucho, aborda temas que lindan en la cetrería («arte», según el diccionario del doctor Oroz, único que tengo a la mano al momento de escribir, «de criar halcones y demás aves de presa, y de cazar con

ellas»). Pero no deja enteramente de ser agrícola: hay unas tierras, unas vacas, un cierto calor de trato personal y chimeneas encendidas, unas casas patronales a punto de venirse al suelo.

Gaspar, que se sepa, nunca ha vivido en el Cajón del Maipo (aunque sí, y por años, en La Florida, cuando eso era rural). Sin embargo, lo ha frecuentado y lo conoce bien, eso está claro. ¿Quién, por lo demás, no conoce el Cajón del Maipo?

Hacia 1980, según recuerdo, a Gaspar Ruiz se le había perdido la pista. Mucho, entonces, me alegró recibir noticias suyas, a mediados del otoño pasado, y saberlo en ese fundo La Montaña, donde veo que sienta sus reales. Se las comuniqué de inmediato a cierto cronista que, habiéndose ocupado con fruición de sus asuntos, me pidió que no dejara de tenerlo al tanto.

La Montaña, en fin, es un lugar paradisíaco, de aquellos donde uno piensa que la vida podría, una vez más, empezar de nuevo, escenario digno de ser descrito por el Padre Ovalle. Situado en los primeros contrafuertes de los Andes, al interior de Teno, cuenta con un clima abrigado para la crianza, pero resulta más bien inaccesible. Gaspar lo administra desde 1979 por cuenta de un grupo de inversionistas que lo adquirió en uno de los muchos remates de tierras que hubo ese año. «Aquí

tenemos no sólo Hereford», me escribía, con un guiño implícito alusivo a la novela, «también Clavel Alemán y Aberdeen Angus». Es decir, nuestro Gaspar se ha convertido en ganadero de hecho.

Luego de su manuscrito y su carta intenté, unas cinco o seis veces, subir a La Montaña. Pero a las dos horas de haber dejado Teno y haber tomado por un camino malísimo rumbo a la cordillera, las quebradas empezaban a bajar cayendo al cauce profundo del río –recuérdese que este invierno de 1983 no fue cosa de broma– y cortaban la ruta en medio de un paisaje y un fragor especialmente furiosos. Tuve que volverme siempre a dormir al Cruz Martínez de Curicó o al Plaza de Talca, cuando no donde mi suegro en Las Liras.

Una vez que logré finalmente acceder al recóndito y elevado valle donde Ruiz vivía, en una pequeña casa de adobes arreglada con bastante gusto, el tipo, emocionado hasta las lágrimas por mi ruptura del bloqueo invernal, se veía hirsuto y barbudo; para colmo, estaba mal alimentado: es que la chica que lo acompañaba, de largas y lindas piernas, demasiado joven, no superaba todavía la etapa de los huevos fritos y el arroz cocido a medias.

Para terminar: Henry Miller dice haber observado que el autor de un libro *obsceno* es por lo común un hombre honesto. Supongo que a partir del momento en

que Gaspar Ruiz no hace sino escribir las palabras con que hablamos todos, el de *honesto* ha de ser un apelativo que le cuadra. Pero no creo que la honestidad baste por sí sola para superar aquella etapa en que la gente encierra y sofoca parte de sus impulsos y sufre –para seguir con Miller– accesos de terror cuando los ve manifestarse, de palabra o hecho, en la plaza pública. Para eso hay que tener, también, algo de fantasía. Gaspar la tiene. Pero más que nada –y para eso a Gaspar aún le falta– hay que haber vivido por lo menos unas siete vidas.

Cabildo, octubre de 1983



EL VERANO DEL GANADERO



1

Aquel domingo de enero en que Angélica reapareció en mi vida andábamos con Ramiro y Fermín pasando la tarde en el Autódromo Las Vizcachas, uno de aquellos lugares donde me encuentro con gente de mis tiempos del colegio, o con amigas de mi hermana Marta que hasta el día de hoy, cuando no me dan la espalda, me miran con cara de no haberme visto ni en pelea de perros. La gente habló hasta que le dio puntada cuando pasó eso del Casino de Viña y no quiero seguir dándoles tema y me mantengo todo lo alejado que puedo de lugares así. Prefiero mi vida sencilla y retirada al interior del Cajón del Maipo, con Ramiro y Fermín y los demás muchachos, y con las minas locales y las lolas de Santiago que pinchamos en la temporada de piscinas.

Llevo, en resumen, siete años retirado de las pistas. Por indecente y por descontrolado.

2

—Oiga, don Feña —me decían Ramiro y Fermín esa tarde— a ver si se topa de nuevo con algunas de sus primas pirulas y se nos vuelve a esconder debajo de la camioneta.

Porque una vez, en ese mismo autódromo, me escondí, esa es la triste verdad: no fue *debajo* de la camioneta pero igual, con el corazón en la boca, como un perfecto idiota, me tiré al fondo de la cabina.

En eso estábamos, parqueados en la C-10 de Ramiro frente a la pista, viendo pasar los fórmula 4 que se las pelaban y fumando tranquilamente en esa misma cabina protectora, yo sentado junto a la puerta, cuando miro para la derecha y veo los calzones blancos de Angélica. Cerré los ojos, alucinado.

3

Los calzones o cuadros, como dicen las vendedoras de tienda, o bragas creo que también las llaman en alguna parte, resplandecían al sol de la tarde de carreras.

No es que hubieran ido desplegados en el techo celeste del Toyota u ondulando en la antena o planeando como queltehues sobre las tierras rotas por el arado; no, los llevaba Angélica donde se llevan; ahí; cubriendo su monte de Venus.

Había llegado junto a nosotros en su auto en perfecto silencio y como para pillarnos por sorpresa. Había abierto la puerta. Había separado su pierna izquierda en ángulo recto y la había apoyado en el suelo. Se le habían subido las faldas no miento si digo que hasta la cintura ni miento ni exagero si digo que alcancé a verle una franja del vientre.

4

Quedé temblando, el sexo golpeado por la visión, metida en las narices la fragancia a limón de la colonia que Angélica usaba cuando era muchacha, y cuya memoria resurgía desde más allá del olvido; desde cuando bajaba galopando una ladera en Los Peumos y el caballo perdió pie y la arrojó al suelo y se golpeó las partes pudendas contra un canto rodado.

Yo tenía trece. Ella dieciocho.

–Tócame –había pedido–. Toca a ver si me quebré, me duele.

Y yo la había tocado, más que con mis manos, con la imaginación, que se me fue desde entonces para siempre a las nubes del cielo.

Y ahora Angélica, de pie junto al vidrio abierto de la C-10, me miraba con un brillo de picardía en sus ojos verdes: sabía lo que yo acababa de ver porque fue ella quién me lo mostró.

5

Los muchachos, estupefactos, se alisaban y sacudían la ropa; hasta se echaron una peñadita nerviosa con la mano mientras yo los presentaba y Angélica nos presentaba a Juan Luis, su marido, un tipo de sienes canosas, con cierto aire de gerente agobiado. Nos saludó sin darse importancia y eso me cayó bien, no lo voy a negar. Después saludaron los niños, un par de angelitos de ocho y diez años con los ojos de su madre, bien enseñados y bien vestidos, pero hiperkinéticos. Ramiro y Fermín se deshacían en reverencias como si les hubiera caído del cielo la propia reina de Inglaterra y a mí las manos me tiritaban cuando me puse a prender cigarrillos. Y Angélica miraba para el suelo y ocultaba una sonrisa que de pronto mostró y buscó mi complicidad y se convirtió en carcajada y me contagió.

6

Bajo el ruido continuo de los autos de carrera, se me acercó y me dijo:

–Esto es increíble, Feña...

La sangre se me agolpó en la cara: me cegaba la imagen de aquel blanco incandescente que ahora parecía traspasarle la falda. Me sentí como un zombi.

–... Siempre me acuerdo de ti.

–Y yo de ti.

–Mentira.

–Verdad.

–¿Desde cuándo?

Bajé la voz.

–Desde hoy –dije, mirándole, sin poderme contener, el arco de las piernas.

–Eres un roto –me dijo.

Se mordió una uña riendo y agregó:

–Me gustaría verte, Feña.

Mi ruिनosa casa en Los Peumos, jamás visitada por mi familia ni por nadie fuera de los muchachos o las minas de

turno, y que la propia Angélica tanto frecuentara en otro tiempo, era el lugar ideal.

–Ven a mi casa –le dije–. Ven mañana.

Y en un arrebató lírico, agregué:

–Ven con las primeras luces del alba.

Pero el que vino en ese momento fue el marido, mientras el pelotón de autos se alejaba en una nube de polvo.

–Siempre ganado Hereford –repuse a una pregunta inesperada, y me pareció que mi voz sonaba tan alto que me asusté–. Pero estoy más dedicado a la engorda.

–¿De minas? –preguntó Angélica.

Los muchachos rieron.

–Esta Angélica –dije. Y recién me atreví a mirar a Juan Luis–. Las cosas que dice.

Juan Luis sacudía la cabeza.

–Las dice siempre –opinó, en tono paternal–. Le gusta decirlas. Es así.

–Es que si tú supieras, Juan Luis, cómo es Feña. Feña es loco. Y no por las cosas que dice, por las que hace, ¿verdad Feña? Tú nomás sabes.

Alargó la mano y me pellizó una mejilla.

–Era todo una locura –continuó, como en trance–. Yo era tan amiga de la Marta que me lo pasaba en Los Peumos. Y Feña era un amor. Eras tan dije, Feña. Nos sacaba a caballo por los cerros, era el único que conocía las cruzadas, ¿te acuerdas Feña?

Feña se acordaba. Perdidamente enamorado de Angélica, encabezaba las cabalgatas y se lucía con el machete, abriéndoles paso entre los tebos y los espinos, metiéndose siempre por las partes más tupidas. Feña, no mires, le decían de pronto. Angélica desmontaba, no vayas a mirar, Feña, se bajaba los pantalones, se ponía en cuclillas y, mirándolo directo a los ojos, con los calzones blancos a media pierna, emitía un delgado chorrito amarillo de la fuente oculta entre el doble óvalo de sus nalgas. Intensamente mirada por Feña, la situación le hacía brotar una especie de rama entre las ingles, algo que intervenía sin piedad entre su cuerpo y la silla de montar durante el resto del paseo.

—¿Te acuerdas, Feña, cuando nos llevabas a la Poza del Maitén? Tú eras el único que conocía el camino.

Feña también se acordaba. El camino iba por el monte y luego por los boldos y los litros de la quebrada. Feña, amárrame el caballo, pedía Angélica, y se dejaba caer al suelo bajo el maitén, y antes de que Feña tuviera tiempo de tomarle la rienda, empezaba a quitarse la blusa, Angélica no me perviertas al niño, gritaba Marta, la boca y los ojos de Angélica estallaban de risa, y Angélica se quitaba el corpiño, cubriéndose los pechos con las manos, date vuelta Feña, y se quitaba los pantalones, y luego se quitaba los calzones y los dejaba caer, impudicamente,

sobre el montoncito de ropa, y corría a meter los pies en el agua, exagerando sus sensaciones de frío.

Tal vez su hermana Marta lo compadecía. Lo que es Angélica lo invitaba a seguirla, siempre que te pongas de espaldas, no vayas a mirar, no seas chanchito, ven, tírate al agua, ven, pero quédate en esa punta de la poza, te digo que allá, y alcanzándolo por atrás le tomaba los codos y lo empujaba suavemente hacia esa punta de la poza, así, con su dardo lanzado a flor de agua como un pequeño delfín. Cierta día Angélica resbaló en el piso de piedras y el pobre Feña sintió contra sus riñones el toque ligero de un pezón y, todavía más, al moverse Angélica para recobrar el balance, sintió contra la parte posterior del muslo la suavidad de su vello púbico, como un alga.

—¿Y te acuerdas, Feña, cuando soltamos un zorro? —y continuó, dirigiéndose a Juan Luis—: Era una lindura de zorro. Estaba agarrado en una trampa y tenía la patita con sangre. Feña se bajó hecho una bala del caballo y lo soltó.

Feña tenía un recuerdo distinto. Se había bajado, sí, pero lento como una tortuga, con los movimientos entorpecidos por aquel árbol que a estas alturas ya no podía arrancarse de entre las piernas.

Angélica prosiguió:

—Lo soltó de la trampa y me lo acercó y le hice cariño, era tan tierno.

Feña también recordaba distinto. Angélica había dicho pobrecito, suéltalo, no lo hagas sufrir, pero junto con acariciar al zorro había deslizado la palma de la mano hasta acariciarle su propia bestia sufriente. Sólo que Feña no pudo soltarla esa vez.

A sacudones me despertó Cachativa, mi fiel servidor.

–Don Feña, lo buscan.

–¿Quién? ¿Qué hora es?

–Una señorita en un auto celeste.

–Voy, que pase –salté–. Que pase, dile que pase.

Cachativa la trajo, sin más, directo a mi pieza. Yo echaba a correr la ducha y me empezaba a lavar los dientes ante el espejo cuando Angélica asomó bajo el marco de la puerta. Fue como si en secreta y latente complicidad con el recuerdo de mi deseo hubiese venido acercándose a este día desde siempre y al fin hubiera llegado. Entonces, y recién entonces, solté mi bestia, que brincó fuera del pantalón del pijama y, de haber sido caballo, habría piafado de alegría. Giré el cuerpo, me quité el pijama y avancé con la involuntaria solemnidad de una especie de cura.

Angélica traía un vestido de tela amarilla, del color de los nísperos maduros. Toqué sus labios blandos con mi boca, los entreabrí con la punta de la lengua y toqué sus

dientes. Levanté sus labios, moviendo mi lengua contra la suya y provocando una doble efusión de saliva; sus uñas rasparon mi nuca, sus caderas respondieron, sentí que me rodeaba los hombros, apretando. Solté un cierre a su espalda y, mientras ella subía los brazos, le saqué el vestido. Quedó con la cabellera revuelta. Se secó la boca con el dorso de la mano, sacudiendo la cabeza para ordenarse el pelo. Luego se quitó el corpiño y empezó a bajarse los diminutos calzones blancos. Cuando levantaba una pierna para desprendérselos del pie me dijo con voz entrecortada:

–Son los de ayer. No fui capaz de sacármelos.

La tomé por los muslos, se cogió de mis hombros y la alcé livianamente hacia mí. Me envolvió la cintura con las piernas, di un paso, afirmando su espalda contra la pared, y la penetré. Tersa, lubricada, suspirando, empezó a mover las caderas.

8

–Cuéntame –pidió– cómo fue la historia del casino.

Fumábamos, tendidos en mi cama deshecha. El sol de mediodía entraba a raudales por la ventana orientada al norte y afuera zumbaban las abejas en la bignonia. Satisfecho y con el arma en descanso, yo acariciaba su cuerpo tibio y golpeado por nuestro exceso.

–Cuéntame tú –le dije– porque me hiciste esperar tantos años.

–No sé por qué. Y debiera saberlo, porque tú me has tenido siempre caliente.

–¿Siempre?

–Desde que tenías trece.

–¿Una calentura de doce años?

–De doce años. Durante doce años te he sido fiel como una monja, por lo menos en pensamiento. Y para que veas lo que importa el pensamiento, anoche, pensando en que hoy nos veríamos, creí que me volvía loca. Y por eso no me pude sacar los calzones que te mostré. Y me fui. Sola. No me toqué un pelo y me fui.

Llevé mi mano hasta su gruta y la palpé con un dedo. Blanda y ávida, no tardó en responder, cubriéndose de humedad. Navegué hasta el fondo de sus vertientes y me incorporé, apoyando un codo junto a sus hombros y disfrutando del sonido del remo en las aguas. Angélica se irguió y se dobló hacia mis caderas. En las ingles me brotaba una llama. La tomó en su mano, avivándola con su lengua.

–Cuéntame –repitió luego, mientras me lamía con gentileza.

Retiré el dedo de las honduras y me eché atrás en la cama. El aroma de mi expedición me impregnaba la mano.

–Si tú supieras. Cuando leí en el diario eso del casino –dijo, al tiempo que me seguía lamiendo– te salí a buscar, pregunté por ti donde tu madre, donde tu padre, pensé que podías estar aquí en Los Peumos y vine a verte. Vine con la Mariana. Pero te habías ido no sé adónde. Andabas escondido, tan tonto que eres. En vez de esconderte tendrías que haberme buscado.

Levanté la cabeza sobre la almohada y constaté que no me hablaba a mí sino al individuo alzado en mi pubis. Lo ceñía por el cuello y empezaba a darle pequeños tirones en la rienda. En tono enfadado le dijo:

–Roto asqueroso, ¿adónde anduviste metido? Vergüenza debiera darte. Mira que a vista y presencia de todo el mundo, qué escándalo, en plena sala de juegos.

Me abalancé hacia la bahía de sus muslos, pero me detuvo.

–No –prosiguió–. No quiero nada con Feña, él tiene la culpa de lo que tú hiciste, monigote. Que Feña primero me explique.

Yo insistía en querer forzar mi camino.

–No –repitió Angélica–. No lo voy a dejar.

Y saltó fuera de la cama.

–Que no me explique nada tampoco. No quiero. Que Feña me haga la escena.

De pie en el centro del cuarto se llevó las manos de largos dedos al torso y las giró con lentitud contra sus senos.

–Házmela, Feña, te pido, tírame. Tírame igual que a esa mina en el Casino de Viña. Ven.

Fui.

Y comencé la reconstitución de la escena.

–La mina –le dije– se había puesto una falda tan corta que se echaba para adelante y se le veía hasta el alma.

Angélica abrió un cajón de mi cómoda. Revolvió en el desorden, dio con una camisa blanca y se la puso.

–¿Así? –preguntó.

–Demasiado larga.

–Puchas –dijo, con voz ardorosa. Y la cambió por una especie de minifalda tardía, una polera que le cubría menos de un tercio del muslo.

–Así –dije.

Se volvió hacia la gran mesa cubierta de papeles, facturas, planillas y revistas agrarias donde yo comía, llevaba mis cuentas y planificaba faenas, y adelantó el busto, estirando un brazo como quien juega fichas a la ruleta: así había salido la cosa en los diarios: «Al inclinarse la dama para hacer una apuesta. . .» La polera subió y dejó ver su arbusto moreno en el corte de las nalgas.

—Más o menos así —aprobé.

Angélica se inclinó todavía otro poco. Me deslumbraron sus nalgas enteras, cruzadas por la marca pálida del bikini.

—No tanto —le dije.

Angélica se llevó una mano atrás y se tocó.

—De veras —dijo, enderezándose algo—. Ahora, ¿qué hace ella?

—Me observa. Espera que me instale a jugar y se me pone a revolotear encima.

Angélica se me acerca. Su piel desnuda se junta a la mía, incitándome de modo inequívoco y sin embargo discreto, como si estuviéramos en público y no en la intimidad de mi cuarto. Pero rompe la convención. Ahora se me acerca sin disimulo y aplasta contra mí su vientre, despertándome un dolor ingobernable; gira sobre sus pies, su cabellera me azota los hombros, y se retira.

—¿Y ahora?

–Se me vuelve a poner al frente, para que yo le vea de nuevo sus gracias; si la gente me tapa la visión, viene y se me pone en la mesa que tengo detrás, para que yo me vuelva y mire por encima del hombro, por debajo del brazo, por donde sea, pero que no deje de verle sus gracias.

–No puedo –me dijo Angélica, y se desplomó palpitando sobre mí–. No puedo seguir.

La tomé por la cintura, me puse a su espalda y el hocico de mi animal rozó la base de su asiento. Su carne se recogió, como bajo los efectos de una mordida. Me encucillé y le separé las piernas y subí el rostro hasta su sexo oloroso.

–No puedes haber estado en esa postura –me dijo entonces con un gemido.

Juntó las piernas y, siempre de espaldas a mí, me alcanzó el rostro con las manos. Me tomó por el mentón y me alzó detrás suyo, mientras yo le mordisqueaba los dedos metidos en mi boca.

–La sala de juego estaba llena de gente, no puedes.

–Lo que hice fue peor –le dije. La abracé, bajando las manos hasta su vientre combado, y se lo empecé a frotar, besándola en el cuello–. Mucho peor.

–Dime qué hiciste.

–Iba ganando en la ruleta; me seguía un grupo de gente en suspenso.

Angélica me asió la cara. Echó atrás la cabeza, la apoyó en mi hombro y viró el rostro. La onda calurosa de su aliento me abarcó la cara y empecé a lamerle los labios.

–Se me pegó –proseguí, hablándole boca a boca– tan pegada que nos creían pareja. Le pasé unas fichas, las tomaba, se iba a la mesa de enfrente o se me ponía en la mesa de atrás. Y las jugaba, inclinándose hacia adelante. Para que se le subieran las faldas y yo pudiera mirarle la raja.

–Grosero.

–La raja, mi amor –entoné, como un poseído, intoxicado–, la propia y verdadera raja, con unos calzones negros con encajes pero todos transparentes, se le marcaba la champa que era una lindura. Y me echaba unas miradas, como diciéndome qué rico lo que estás viendo.

–Mentiroso.

–Y volvía a pegárseme al lado.

–Mentiroso. Soy yo la que muestra la raja, te estás riendo de mí.

Me retiré un algo de sus flancos y llevé mi tea a la húmeda bóveda de sus muslos, bajo la suculencia oscura. Sus nalgas palpitaron contra mi pelvis, mis manos vagaron arrebatadas por sus senos.

–No puede ser –dijo Angélica, acunando con las manos suyas la vaina de mi espada.

–Así fue –proseguí.

Y avancé una estocada profunda. Mi inquieta cabeza granate asomó al pie de su pubis.

–Métemelo –suplicó.

–Así fue –repetí roncamente–. Así, te lo juro: me le fui de repente, por entre un atochamiento de gente pegada a su mesa; me le fui como un ariete: y se lo clavé. Así, Angélica –repetí, y al dar otro golpe adelante, aplastándome contra su popa, reaparecí en su fachada, esta vez con mayor impudicia, como una verdadera cabeza de puente.

Angélica se me apretó, bañándome el oído con su respiración caldeada.

–Métemelo –gimió.

No la quise complacer todavía. Me desprendí de nuevo de ella y proseguí mi relato.

–Alcancé a darle un par de golpes espléndidos. Pero mal aconsejados. Porque a esas alturas la famosa mina traía a medio casino pendiente de mirarle el culo. Y todos vieron cuando se me salió el armamento y se me disparó al blanco. Hice fama, pero me hicieron pobre. Ni sé qué vino primero, porque me levantaron en vilo y me dejaron caer y fue como si me hubieran descargado una camioneta de piedras en las costillas, me molieron a golpes.

Angélica se había tumbado de espaldas sobre mi mesa, había alzado las piernas, y apoyaba los talones en

mis hombros. Una cresta brillante asomó en sus labios inferiores.

–Me llevaron a una oficina... Con unos detectives que me esposaron...

Ceñidos mis hombros, Angélica me cruzó los pies por detrás de la nuca y me atrajo hacia sí. Los pezones endurecidos en sus pechos aplastados se agitaban al compás de su jadeo, y las quemantes profundidades de su abismo abierto sacudían mi lascivia: avancé hasta la línea final del túnel.

–¿Qué fue de la mina?

–La mina eres tú.

Me lancé violentamente por sus adentros, cayendo sobre su cuerpo y revolcándola en mis papeles y planillas que se derramaron al suelo. Mis empellones veloces entrecortaron su respiración y nos agotamos en un suspiro: me arañó la espalda y emitió un alarido que echó a volar las palomas del techo y puso a ladrar a los perros.